



José María Cañas

...Y dejado a los pueblos elegir un sucesor...

Venga Ud. don Miguel y siéntese aquí, a mi lado. "Póngase cómodo", como dicen los norteamericanos ejecutivos, sean o no millonarios. Y ahora, después de ese simposio, mesa cuadrada o conferencia de prensa, como lo quiera llamar, que Ud. tuvo con destacados elementos intelectuales, universitarios y periodísticos que en su mayoría lo colmaron de elogios —con razón o sin ella— venga Ud. don Miguel, levante la vista y le ruego la pase, como quien pasa la lengua por una melcochá "Boza" de las de antes, por esas pocas, terribles y auténticamente veraces palabras que le sirven de título a esta conversación, simposio o mesa cuadrada, como quiera llamarle, que vamos a tener, "Ud. y yo", —como decía un candidato por la tele, asegurando que ese binomio era el que destruiría a Liberación Nacional—, en orden a poner de una vez en claro el auténtico peso histórico que tiene su libro en el acaecer de nuestra política vivida en la realidad, pero contada por la fantasía.

Cuando yo leía sus páginas me preguntaba a mi mismo, para qué tanto brinco, tanto preguntar al Lic. Máximo Quesada, tanto recurrir a tanto amigo de don Rafael Angel, a tanto amigo de don Teodoro, a tanto amigo de don Manuel, y de don Francisco. Ud. se pasó los años que tardó en escribir su libro "El 48", preguntándoles a todos los calderonistas y amigos de los calderonistas, y personajes calderonistas y hasta gente menuda. Y todo lo que le decían Ud. lo creía a pie juntillas, como si hubiera la Biblia con sus páginas abiertas. Y Ud. siguió la preguntadera después, hasta abarcar a todos los que después de la guerra se arrepintieron de ella, y renegaron de haber tomado parte, y consideraron que los habían engañado, que si hubieran sabido, no habrían ido a ella. Y Ud. siguió creyendo, creyendo, creyendo, sin que ni por un momento, se le viniera a la mente que lo que dicen los hombres no es la auténtica verdad, sino una verdad que ha dejado de ser verdad, y por ello, ha perdido el valor que tuvo.

De toda esa zarabanda, lo único que es verdad, lo que sí es terriblemente verdadero, ferozmente cierto, prietamente verdad, roquieramente verdad, es la frase que está escrita arriba: leámosla al mismo tiempo: (vamos despacio, si me hace Ud.

el favor...).

"...Y dejado a los pueblos elegir un sucesor..."

¿Sabe Ud. lo que se hubiera ahorrado de preguntar, si Ud. busca la verdad, en donde está la verdad, y no, en donde no está la verdad, ni lo estará nunca?

¿Sabe Ud. quién dijo esta frase que ha servido de título a esta información? No se lo voy a decir por ahora. Dedicémonos a analizar lo que dice, lo que encierra entre líneas, la verdad política que se masca en las concisas, breves y definitivas aseveraciones.

Yo no le he preguntado a nadie. Ni a los amigos de Ulate, ni a los amigos de Figueres, ni a los que lucharon o los que no lucharon. Ni siquiera a los que nos metimos en el cielo raso...

Lo que he hecho es volver los ojos a la historia. En la historia, don Miguel, está el enigma resuelto; en el zaquizamí más hediondo y pequeño o en la cumbre de la sabiduría; en la esquina borrosa o en la página desconocida y olvidada... ahí está la verdad terrible, el fallo que condena implacable, el trueno de Moisés en lo alto del Sinai.

Esta frase corresponde a un pensamiento completo que bien sirve ahora para saber el dictado irreversible que explica todo, que juzga y abarca todo con sus consecuencias, con sus lágrimas y su calvario. Fue en un libro de la historia nuestra, tan clara y limpia, al través del espíritu más noble y entero, más inmaculado y puro de cuantos se sentaron en la silla magistral y tuvieron mando por dos periodos presidenciales. Al autor de esa frase se le considera, sin más ni menps, el más alto valor nacional, no solamente por su insondable cultura, por su alta jurisprudencia, sino por la honestidad de su ejercicio, por el juicio ponderado y enérgico, por la bonhomía de su alma ciento por ciento criolla, humana, flexible, comprensiva y elegante. Fue un viejito de gorra, de pequeña estatura y limpia calva, a quien el pueblo no amó sino que su amor lo llevó a la reverencia. Y ese culto lo tradujo en una frase llena de emocionada humildad: "Nació descalzo".

sin pan— que tuvo la ocurrencia de escribir dentro de esta serie, anaficé aquella fecha del 13 de febrero de 1944, y de su razonamiento quedó la impronta —no sé si Ud. así lo considera— de que las elecciones de aquel mal día, fueron realmente una jugarreta política de la más grande envergadura que se haya cometido en la historia de nuestras luchas electorarias. La víctima no se quejó, ni abrió la boca, ni tomó la pluma para un reproche, ni siquiera para una queja. Estuvo por encima de sus atropelladores.

Ese acto se puede parangonar con las elecciones que en esta Costa Rica, pero en el decimonónico, celebrara el país, bajo el segundo mandato de don Juan Rafael Mora, el máximo titán del siglo, que cubiertos dos periodos (o periodo y medio, pues recogió el solio por renuncia del doctor Castro, y ganó limpiamente la reelección primera al término de este mandato de sólo tres años). Pero cuando llega a las elecciones de 1859, nuestra máxima figura tuvo el capricho de seguir sentado en la silla por "todo el tiempo que el cuerpo aguante". (Entonces la reelección era libre y don Juanito tenía 45 años y una salud de roble. Todavía estaría en la silla).

Dice la historia que las elecciones de 1859, las últimas en que tomaba parte don Juanito, fueron realizadas bajo la consigna de que el elemento oficial tenía que ganarlas a como diera lugar. Como dicen en el campo, "como preste más comodidad". Y las ganó en efecto. Pero con ello le fue la vida.

Copio textualmente el párrafo en el que el historiador resume su criterio sobre la obra total del Gobierno de don Juan Rafael Mora, el que fue con el ejército de costarricenses descalzos y mal armados a luchar contra el filibusterismo. De las miserias, cobardías y errores militares no se ha dicho nada en la historia, pues queremos mantener limpia la fiera actitud de Mora y de los costarricenses. ¡Bien hecho! Pero, nuestro don "Juanito" dio un traspies en 1859 imponiendo su reelección, y ello constituye el meollo del amargo juicio que copio:

"Mora se cubrió de gloria ciertamente; también se llenó de soberbia y de ambición. Hubiera declinado su segunda reelección y "dejado a los pueblos elegir un sucesor", al término de su periodo, se habría agigantado TAMBIEN desde el punto de vista de política interior, y su nombre aparecería sin mácula. El deseo de seguir mandando lo perdió; y lo que pudo ser para Mora y Costa Rica brillo deslumbrador se trocó poco después en mancha lamentable, seguida de descrédito y lágrimas".

Estas palabras sabias, modestas y dignas del santo laico que las pronunció, fueron escritas sobre nuestra historia —que se repite, como Ud. lo ve, mi distinguido amigo, don Miguel Acuña— por aquel patriarca de noble y sencilla traza que se llamó para la Eternidad y Gloria de la Patria, Cleto González Víquez. (Obras históricas. —Publicaciones de la Universidad de Costa Rica— Serie Historia y Geografía N. 17 —Tomo 1— Edición Segunda. Cleto González Víquez, páginas 211-212).